

provinciano que no tenía más que un mal baño de París, un hombre infatuado con su persona y con una hermosura que en realidad no tenía? No. Seguramente este marido lastimaba todas sus delicadezas. Ella por su parte había debido soñar unos amores en armonía con sus gustos, á la altura de su talento, y que fueran completamente ideales. Pero ¿habría ido entonces á buscarlo á casa de Lareine, donde no se puede pensar más que en satisfacer los apetitos materiales? Bajo este punto de vista, ¿no era su marido todo lo que ella necesitaba?

Al llegar á este punto, reflexioné un poco; pero como mi cochero se había parado delante de la mejor posada de Saint-Beat, bajé del coche.

XXIII

Era medio día. El aire puro que estaba respirando hacía dos horas, durante mi rápida carrera, el viento que de las montañas vecinas azotaba mi rostro, y quizás también mi largo monólogo, me habían despertado el apetito. Entré en la hospedería, y pedí que me sirvieran de almorzar en aquella pequeña azotea, que es tan conocida de los viajeros, situada sobre el torrente, y enfrente de la pradera.

Acababa de sentarme á la mesa, cuando

de repente ví aparecerse á Domenil acompañada de Lina de B...; Domenil que era excelente caballista, había escoltado á caballo el ligero cesto que conducía Lina, y habiendo salido de Luchón media hora después que yo, llegaban á Saint-Beat casi al mismo tiempo.

La azotea estaba desierta, no tenía, pues, ningún temor á comprometerme estando en compañía sospechosa, y no tuve por lo tanto ningún reparo en convidar á las dos viajeras, para que se sentaran en mi mesa.

Lina, que me había encontrado la vispera, muy deseoso de hacer conocimiento con su amiga, se había ya resignado á hacer el papel de comparsa. Pero se engañaba su modestia, porque guardé para ella mis palabras más dulces, mis miradas más expresivas, dándole á entender que aún en mi corazón quedaba para ella un poco de ternura. Pero mi intención era únicamente proporcionarme una aliada que pudiese ayudarme en el proyecto que revolvía en

mi mente y que había concebido como consecuencia de mis últimas reflexiones. El hombre y el amante desaparecían ante el juez instructor que, incansable en su trabajo, busca con ardor por todos los medios imaginables el esclarecimiento de un delito.

Después de haberse manifestado un poco reservada, haciéndose la interesante, no tuvo más remedio que decirme Lina:

— Creía que estabas enamorado de Domenil.

— Pues no puedo estarlo, á pesar de la satisfacción que esto me produciría, respondí.

— ¿Por qué? preguntó Domenil con curiosidad.

— ¿Temes mi venganza? dijo Lina riendo.

— No, tú no eres de temer. Pero no quiero disgustar á un amigo.

— ¿Qué amigo? me preguntaron ámbas á la vez.

— El conde de X...

— ¡No es mi amante! exclamó Domenil con acento de verdad en que se traslucía algún despecho.

— No digo que lo sea, repliqué, pero es indudable que aspira á serlo.

Movió la cabeza en señal negativa, y con aire triste pronunció estas palabras:

— Su mujer es demasiado hermosa para que piense en faltarle conmigo.

— Dispensadme: la Condesa es rubia y vos sois morena; muy bien puede amar á las dos sin engañar á ninguna. Para engañar á una rubia es menester también que sea con otra rubia, porque esto es lo mismo que decir: he encontrado otra rubia mejor que vos. Con una morena no sucede lo mismo.

Este razonamiento subversivo pareció producir efecto sobre Domenil; así es, que me apresuré á continuar:

— Además, no podéis negar que el Conde os ha hecho la corte. Hablemos francamente

puesto que estamos entre amigos, ¿verdad Lina?

— Casi puedes decir entre hombres.

Alentada con esto, me confesó Domenil que el Conde se había ocupado de ella hasta haberla pedido que le recibiera.

— ¿Y se lo habéis negado? pregunté con tal extrañeza que casi pude aparecer como impertinente.

— No, al contrario.

— ¿Entonces?

— No ha venido.

— Sin embargo, me han asegurado...

— Sí, lo sé. Se ha dicho que se había quedado en mi casa hasta las cinco de la mañana. Ignoro quién haya hecho correr este rumor y os doy mi palabra de que no he recibido su visita. No sería ciertamente á vos, que sois amigo de Lina, á quien yo sería capaz de engañar.

Entonces dije con aire serio:

— ¿No tenéis más que el lado malo de la cosa sin tener los buenos?

— Así es.

— ¿Y por qué aceptáis esa falsa situación?

— ¿Qué podía hacer?

— Obligarle á que haga uso de la autorización que le habéis concedido. Cuando se pide un permiso, innegablemente es con la intención de usarlo.

— No cabe duda, dijo Lina.

— Desde el momento en que os habéis mostrado tan generosa es una injuria su abstención y os causa un perjuicio con las voces que se corren.

— Eso es precisamente lo que yo decía, interrumpió Lina.

— Pero si el Conde, advirtió Domenil, no quiere venir á mi casa, ¿cómo puedo obligarle á ello? Dadme un consejo.

— Un consejo es muy delicado de dar. Además, soy amigo de X...

— ¡Oh! Apenas le conocéis puesto que os le presentaron ayer.

— Eso importa poco; entre hombres debemos defendernos.

— ¡Pues bien! Acabamos de convenir, dijo Domenil sonriendo y enseñando una hermosísima dentadura, en que los tres somos hombres.

Me hice rogar un poco más todavía, por pura fórmula y accedi.

— Debéis conducirnos con el Conde, dije en tono serio de una manera completamente distinta de como habéis hecho hasta aquí. Hasta ahora erais amable, complaciente y bondadosa; volveos reservada é independiente. No le respondáis cuando os hable, volvedle la espalda á lo mejor, y sobre todo, decid por todas partes y de una manera bien alta, que no ha habido ni habrá nada porque no os gusta.

— ¡Que no me gusta! Dijo con la mayor inocencia.

Aquella hermosa joven, de buena inteligencia y temperamento ardiente, se habia impresionado con aquel hermoso moreno, de espesa barba, rizados cabellos y hercúlea apariencia. Por otra parte; pensando en lo

agradable, no se olvidaba de lo útil, puesto que ella sabía que el conde X..., muy aceptable como amante, podía ser también un magnífico cajero.

— Este es el único medio que tenéis para vencer su frialdad. Tenía confianza en vos; pues herid su amor propio y le veréis enseguida tendido á vuestros piés. Hago muy mal en daros armas contra él; pero me habéis inspirado á primera vista una verdadera simpatía, además de que para mí es una satisfacción defender vuestro sexo, puesto que soy el amigo de las mujeres.

— Hasta que otra cosa se presenta, ¿no es verdad? dijo Lina.

El almuerzo terminó de una manera alegre. Para terminar la conquista de mis aliadas y proporcionarme auxiliares de la justicia, las propuse pasar la frontera española para arriesgar algunos luses en la ruleta de Pont-du-Roy. Aceptaron con regocijo mi proposición y tuvieron el gusto de ganar en el encarnado todo lo que yo había

perdido en el negro. Los jueces instructores nos agasajan, generalmente, de esta manera á los agentes de que se valen para sus averiguaciones.

Cuando volví á Luchón por la noche era bastante tarde.

XXIV

Este fué el último día que pasé retirado de la condesa X.: Al día siguiente fui á visitarla para presentarle mis respetos en el hotel que ocupaba en el camino de España, y desde este momento fui de los íntimos, formando parte en todas sus excursiones y en todos sus paseos.

Me recibió con mucha amabilidad, de la manera más natural del mundo, y si no hubiera sido por cierta sonrisa burlona que en su cara se dibujaba, cuando me aventu-

raba á decirle alguna galantería, hubiera podido creer que no era la mujer de otro tiempo ó que no me había reconocido, ó mejor aún, que ella pensaba no había sido reconocida por mí.

Mi conducta, mi actitud y mis palabras, debían, por lo demás, afirmarla en esta última creencia. Me había impuesto á mi mismo la obligación de no dar el más pequeño motivo que pudiera despertar sus sospechas, no aventurar ninguna alusión, ni indirecta, que hiciese referencia á nuestra aventura, si es que la había habido. Esto era obrar con prudencia, porque á pesar de todas las pruebas materiales que yo había obtenido, y los indicios morales que venían á reforzarlas, mis dudas no desaparecían; y cuando por el contrario, éstas no me fortificaban, reunía mis recuerdos, y consultando mis datos, exclamaba: ¡Es ella! ¡es ella! y entonces comprendía también que era de buen gusto hacerme el desentendido callándome y no viendo en ella

más que á la condesa de X..., á quien había tenido el honor de ser presentado en Luchón por primera vez.

Además, aunque la hubiese visto otra vez, ¿no era para mí una mujer completamente desconocida? Aun suponiendo que yo hubiese podido admirar su belleza, tenerla en mis brazos, posar mis labios sobre los suyos, ¿era esto conocerla? Todo lo que para mí la hacía seductora hasta lo imposible, me había escapado. Entonces no me daba cuenta del conjunto de su rostro, ni de su fisonomía, ni de sus distinguidas maneras, ni de su talento original, siempre vivo, ni de aquel encanto que de ella se desprendía. Así era cómo poco á poco me iba enamorando de la condesa de X...

¡Sí, enamorado! ; Yo que hasta entonces había pasado junto al amor verdadero sin querer aceptar sus ventajas y sus goces, yo que hasta entonces había reemplazado el amor por los amores, la mujer por las mujeres, y el corazón por los sentidos!

Precisado á reconocer, día por día, con bastante extrañeza, que me iba desmaterializando é idealizando en cierto modo, me preguntaba algunas veces si la condesa X... con todas sus cualidades morales é intelectuales, habría producido sobre mí la misma impresión, teniendo una boca un poco menos bonita. Pues bien : no ; me veía obligado á confesar que aquella boca, conocida ó desconocida para mí, pero siempre semejante á la otra bajo todos aspectos, había sido el punto de partida de mi amor, filtrándose después en mi corazón. La materia no había dejado de manifestarse en mí por completo, se había purificado solamente, y la hermosa flor ideal, como diría un poeta, había tomado la forma de unos labios admirables para seducirme.

Pero de cualquier manera que me hubiese entrado el amor, la cuestión era que lo sentía ya, como lo demostraba á falta de indicios graves, el que después de haber desplegado tanta actividad en mis nuevas

funciones de juez instructor, había concluído por manifestar debilidad. En lugar de tratar de confundir á la inculpada, deseaba únicamente encontrar pruebas para su inocencia. Habría dado todo lo del mundo por verme precisado á dar un auto de no ha lugar. Si, á medida que aumentaba mi amor, sentía una gran complacencia en separar la mujer de hoy de la mujer de otra época, y deseaba que no hubiese entre ellas ningún punto de contacto; mi más ardiente deseo era haberme equivocado, injuriando calumniosamente á la Condesa con mis odiosas suposiciones.

Este deseo natural de querer encontrar digna de respeto á la que yo amaba, nacía también sin duda alguna de un temor; el recuerdo que yo podía haber dejado en la condesa X... suponiendo que ésta fuese con la otra una sola, no me sería del todo favorable, antes por el contrario, debía serme perjudicial y perderme. Podía dudar de esto, cuando veía aquella burlona sonrisa que

vagaba por sus labios siempre que al tratar de conmoverta, me atrevía á lanzar una mirada ó una palabra algo expresiva?

Sin embargo, aunque esto me desalentaba y me humillaba, por otra parte, me infundía mayor aliento. Quería triunfar de aquellos labios, someter aquella boca rebelde, obligándola á enternecerse, á humillarse pidiendo perdón y hacer que se entregara por completo en un beso sin fin.